

EL LICEO DE CÓRDOBA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN CORDOBA. En la redaccion, calle de Carreteras núm. 23.
PROVINCIAS. En todas las Administraciones de Correos, ó por medio de una libranza á favor del Director de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN CORDOBA, 15 rs. por trimestre llevado á casa de los Sres. suscritores
PROVINCIAS, 17 rs. por trimestre franco el porte.
NOTA. Las cartas y reclamaciones no se admiten en la redaccion sino francas de porte.

Un duelo á muerte.

(Conclusion)

—Sois vos? me dijo al entrar.

—Yo, si: yo, que vengo á deciros que ya se ha caido la máscara que os cubria: que os aborrezco y os desprecio.

—Como! Sabeis.....

—Todo, todo. Mirad mis manos manchadas con la sangre de los infelices que han perecido victimas de vuestra hipocresia é inmoralizacion: miradlas y horrorizaos.

—Callad, callad, por Dios: no penseis de mi tal atrocidad: las apariencias os engañan: mi conciencia está pura, como la virgen que se venera en el altar.

—Y os atreveis á hablar de pureza! osareis negarme lo que yo mismo he visto? Sacadme prontamente de este sitio y libradme de vuestra presencia.

—Si: os vais á marchar: pero antes oidme. Todo os lo voy á revelar.

—No, no me alucinareis mas con vuestras hipocritas palabras, ni vuestra engañosa virtud.

—Decidme solo que no os batireis otra vez: para eso solo os llamaba: despues hareis bien en abandonarme, puesto que no me quereis escuchar.

—Dejar de batirme! Si solo mediaseis vos lo haria, porque ahora conozco que se os hizo favor cuando se os dijo aventurera: pero está al medio mi honor y me batiré; me batiré; para morir.

—Ah! Si os matasen....

—Me harian un beneficio: habeis destruido todas mis ilusiones, acibarado mi existencia y acelerado mi vejez.

—Por Dios, por Dios! Mirad que ya no puedo sufrir mas.

—Habeis emponzoñado mi vivir. Adios para siempre; y sali de la habitacion dejandola desmayada.

Una hora andube sin saber por donde: al cabo de ella me encontré en mi casa: me metí en cama y una

calentura violenta, abrasadora, me tubo aletargado tres dias. La mas negra melancolia me agoviaba, sin que ninguna clase de distracciones fuesen suficientes á hacerme soportable la vida, y ya solo anhelaba el momento de batirme para precipitarme yo mismo sobre la espada de mi contrario.

Dos horas antes de que esto sucediera recibí una carta: la abrí y dentro hallé otra: aun las conservo; tomad, leedlas; yo no tendria fuerzas para tanto.

El hermitaño entregó al oficial las cartas, de las cuales la mas pequeña decia:

«En este momento acaba de espirar Sor Maria, y su alma pura y angelical ha subido á ocupar el sitio destinado á los justos en el cielo. Momentos antes de morir me confió la carta adjunta para que os la entregase, como lo hago. —Sor Encarnacion—Abadesa del Carmen».

La otra era mas estensa: su contenido el siguiente.

«Cuando recibais esta habré ya dejado de existir, y sin embargo quiero justificarme á vuestros ojos, para que mi memoria no os sea odiosa. Antes de ahora os he dicho que os amaba, y os he dicho la verdad: ahora que soy la esposa del Señor, os amo todavia. Me hubiera unido á vos con el mayor placer: pero para ello hubiera tenido que deciros quien era yo, y entonces me hubierais despreciado: no hubierais querido casaros con la hija del verdugo. Ya lo sabeis todo: ahora comprendereis facilmente las ocurrencias de antes de anoche: los cadaveres que tentasteis eran criminales descuartizados por mi padre aquel mismo dia, y cuyas cabezas fueron colocadas aquella misma noche en los caminos: los caballos que oisteis eran la escolta que debia acompañar á mi padre. Ah! si aquella noche fatal hubierais querido escucharme..... todo os lo iba á decir: si me despreciabais, al dia siguiente entraria, como lo hice, en un convento de Monjas carmelitas: si aun hubierais insistido en brindarme con vuestra mano nos hubieramos marchado de España y tal vez seriamos felices ahora: de cualquier modo hubiera conseguido evitar ese duelo que tanto me atormenta: me parece que muy pron-

«to habré dejado de existir: si como espero es antes de que se lleve á cabo, oid mi último ruego y de istid. Adios, «mi buen amigo; adios: os espero en el Cielo: allí estaremos unidos; allí será feliz vuestra desgraciada C.

Cuando el oficial acabó de leer la carta, el hermitaño se habia desmayado: acudió á socorrerlo y le hizo volver en si.

—Dejad, buen anciano, le dijo, vuestra relacion si os fatiga: luego podreis continuar.

—No, no: es necesario que os la concluya antes que la muerte se presente, y ya la siento cerca. No puedo esforzar la voz, aprocsimaos y oid.

—Considerad cual me dejaria la lectura de esa carta.

Cinco minutos despues se presentó el que habia elegido para padrino: yo anhelaba morir y salimos sin demora. Cuando llegamos al sitio nos estaban ya aguardando los contrarios.

—Qué arma quereis? me preguntaron.

—La espada, contesté, y sacandola la cruzé con la de mi contrario. Varias veces me quedé descubierto para que me pasase; pero esto mismo me perjudicó, por que al arrojarme una vez sobre su espada, la mia le pasó el corazon dejándolo muerto á mis pies.

Me separé horrorizado de aquel sitio fatal, y andube mucho tiempo sin direccion: la casualidad me llevó á la puerta de un templo: al entrar oí entonar el oficio de difuntos; me enteré y supe que era el Convento del Carmen y aquellos canticos los funerales de mi desconocida. Habia asesinado á dos infelices en un mismo dia! Esta idea acabó de perturbar mi razon y estube demente mas de un año: al cabo de este tiempo el Señor se sirvió iluminarme: hice una confesion general y me separé de ese mundo corrompido para habitar en este desierto.

Quiera Dios que veinte y siete años de penitencias y privaciones sean suficientes á alcanzar el perdon de mis pecados.

Al decir esto otro desmayo del anciano puso en consternacion al oficial: cuando volvió en si apenas se le entendia lo que hablaba y se iba quedando frio por momentos.

—Me muero ya, me muero: Dios tenga compasion de mi. Mirad, á la derecha de la puerta de la hermita hallareis leña preparada, pegadle fuego: á esta señal acudirá el hermitaño cuya habitacion habeis visto en la sierra de enfrente y cubrirá mi sepultura.

El oficial lo hizo, y cuando volvió á entrar le dijo el hermitaño.

Acercaos: aun tengo que pedir os un favor: desearia os presentaseis á la familia de mi contrario y alcanzaseis mi perdon.

—Lo haré, os lo ofrezco: decidme solo donde podré encontrarlos.

—En Granada.

—Preguntaré.....

—Por los descendientes del Conde de Reistel....

—Del Conde de Reistel!

—Los conoceis por ventura?

—Ah! Dios mio, Dios mio! Era mi padre! gritó el oficial dando libre curso á las lagrimas.

—Perdonadme, perdonadme, exclamó el hermitaño ar-

rastrandose hasta los pies del oficial con los últimos esfuerzos de la agonia. Perdonadme; vuestra venida no ha sido una casualidad: os estaba encomendado por el Cielo que vengaseis la muerte de vuestro padre y lo habeis cumplido: perdonadme.

—Si, os perdono.

—Gracias, gracias.....Dios mio.....ahora..... adios.... y cayó muerto.

El oficial pensó en separarse cuanto antes de aquel sitio que le oprimia el corazon: al salir de la hermita se presentó el hermitaño de enfrente.

—Hermano: ahí os dejo un cadaver: dadle sepultura y rogad á Dios por su alma.

Dicho esto partió, y se perdió entre la escabrosidad de la montaña.

Luis Maraver.

Tenemos el gusto de contar entre nuestros colaboradores al apreciable D. José de Robles, autor de la siguiente composicion

LETRILLA



Si hubiera algun Castellano,
Francés, Ingles ó Italiano,
De la Rusia ó de la Meca,
Que diga que nunca peca
Con orgullo impertinente,
Dile que miente.

Si alguna muger intenta,
Si llega ó pasa de treinta,
Probar que si no ha casado
Es porque ella ha despreciado
Mas de un noble pretendiente,
Dile que miente.

Si un patriota moderno
Te dice, que del gobierno
No quiere ningun empleo,
Y que el bien es su deseo
De la patria unicamente,
Dile que miente.

Si te dijera tu amada,
Aunque muy ruborizada,
Que despreció á un caballero
Muy galan y de dinero
Por tí, por tí solamente,
Dila que miente.

Si un comerciante atrevido
Te dice, que si un pedido
Le hace su corresponsal,
Le factura lo cabal,
Quiero decir, lo corriente,
Dile que miente.

Si en el orbe todo, hubiera
Alguno que te dijera,
Que su suerte es muy colmada,
Y que ya no anhela nada
Para vivir felizmente,
Dile que miente.

Si oyes de algun majadero
Que hay poeta con dinero,
Escribano de conciencia,
Viejo sin impertinencia,
O fanfarron muy valiente,
Dile que miente.

Si te dice algun simplon,
Que hay regla sin escepcion,
Y lo que escribe mi pluma
A todos cobija en suma
Sin sacar vicho viviente,
Dile que miente.

Y si te añade tambien
Que mi letrilla está bien,
Que tiene gracia y salero,
Aun que tal cosa no espero,
Dile descaradamente:
Amigo mio, V. miente.

Málaga.

José de Robles y Postigo.

LA MUJER.

La mujer! Ser nacido para la felicidad del hombre: criado por Dios para dar belleza al mundo: idolo de los pueblos civilizados donde todos sus objetos se reconcentran á una sola cosa, en obsequiar á la muger. Este ser débil y tímido por naturaleza, es fuerte hasta el extremo en los dolores y en la adversidad: cuando el alma de la mujer necesita hacer un sacrificio se encumbra á un grado de entusiasmo y de heroismo donde el hombre jamás puede llegar, y sus pasiones son para ella la vida de las felicidades.

Aunque al nacer se la considere como inferior al que por su constitucion se le mira como á rey del universo, del que ante todo cede á su esfuerzo sobrenatural, la mujer desde sus primeros años le vé con envidia, y todo su conato desde entonces se dirige á hacerse superior á el que lo es á todos y á rendirle bajo sus gracias.

Privada por razon de su misma debilidad de los placeres bulliciosos que embriagan los dias del hombre; reconcentra todos sus pensamientos á observarle, á conocer el corazon del seco fuerte que un dia debe ser su placer y su vida: como nada la distrae de su objeto, llega con el tiempo á no necesitar mas que una leve ojeada para conocer el interior de aquel que la habla y alimentar ó despreciar sus palabras de amor ó de amistad segun que conoce lo que la debe ser mas ventajoso para

los dias sucesivos. Esta intima penetracion es algunas veces la felicidad del hombre: unido por los lazos mas indisolubles á la que ama, ella le hace tan dulces los dias que pasan! ella, conocedora de sus gustos y sus pasiones, prevee sus menores deseos y se apresura á satisfacerlos aun antes que el se los designe. Cercado de desvelos por la dicha, embriagado en el amor que continuamente le brindan los ojos de su bella, no siente deslizarse los dias que huyen tan veloces, y llega hasta la tumba, sin conocer el dolor, sin nunca padecer.

.....
.....
Cuando la muger llega á la vida de las pasiones, cuando aquella tan dichosa edad de los catorce á los veinte años, desarrollando su naturaleza, la envuelve bajo una atmosfera de placeres, la cerca de amores y de obsequios y continuamente rodeada de adoradores que la rinden tributo, que la pintan la pasion con todos los colores que el labio del hombre puede encontrar de mas seductivos, entonces necesita de toda su penetracion: mira á sus amantes, los contempla postrados á sus pies ofreciendola su amor, ensalzando su belleza y pidiendole con toda la exaltacion de la juventud, piedad, piedad para su pasion.

Esta muger, semejante á un Dios, no necesita mas que tender la vista sobre ellos, y su mirada fija y penetradora ha llegado hasta el corazon de aquellos y los ha despreciado porque los ha conocido.

Esta mujer no es insensible al amor: ella amará, si; ama mas bien ya: ama á aquel que viera lejos de la turba agasajadora que la seguia, fijar sus ojos de fuego en ella, seguirla de lejos sin osar aproximarse á rendirla el amor que arde en su alma, que en el baile cruzados sus brazos sobre el pecho la contempla electrizado y se estremece cada vez que una vuelta de vals la hace pasar lijera como una silfida rozando sus vestidos con él y enviandole el perfume de su aliento: ella le ama porque sabe que su corazon es puro, porque es verdadero su amor; escucha distraida las ofertas de cariño que la prodigan todos y solo dirige su mirada ardorosa á alentar al tímido, á dar valor al verdadero amante que nunca se atreviera á demostrarla su pasion, porque es verdadera; porque es la de toda la vida.

Ama la muger, y ama con delirio infantil: ama al joven tímido y ruboroso que viera temblar, porque asi le quiere, ajeno de las pasiones mundanas: ama aquel hermoso joven en los primeros albores de la primavera de la vida, porque penetra su interior: el alma ardiente de la mujer necesita al amar otra alma tan fogosa, tan grande como la suya, que sea capaz de abrigar sensaciones tan fuertes como las que ella siente; que responda á su amor con toda la efusion que en el interior suyo se alienta; y en fin quiere pasion por pasion, con todos sus delirios y sus alegrías, con todos sus gozes; y al sentir este fuego, que son los dias mas dichosos de la vida, los dias de las ilusiones, quiere al darlas recibir en cambio tanto como puede ofrecer, otro tanto amor.

Al amar la mujer, no es su amor vulgar; ama decidida y ama mas mientras mayores sacrificios le cuesta. Se mira sola en la tierra y no vé mas que al que quiere: sus gustos son los suyos, sus colores los que el lleva: ama los animales que el quiere y en su jardin cuida con esmero la flor que sabe le agrada y olvida las otras aun

